Editorial

Todo un síndrome

MIENTRAS los medios de comunicación, día tras día, semana a semana, nos veamos obligados a la inserción de ese trágico goteo de víctimas por la llamada neumonía tóxica, el gran tema de actualidad en el país seguirá siendo el de las adulteraciones incontroladas. Un tema que arrastra consigo la desilusión, el pesimismo y la desconfianza de los españoles, que no encuentran seguridad en el desenvolvimiento de sus vidas ni siquiera en un nivel de tan perentoria necesidad como el de su alimento.

Y junto con el pesimismo generalizado, una secuela de decepción pesa sobre la eficacia de las instituciones políticas democráticas de la que no escapan ni siquiera los partidos políticos de la oposición. Recientemente, una encuesta realizada por una empresa de sondeos de opinión arrojaba el alarmante resultado de que para la mayoría de las personas consultadas resultaba casi seguro que seguirían ocurriendo casos como el de la adulteración con aceite desnaturalizado de colza, incluso después del despliegue parlamentario y de la aprobación de medidas tras el debate.

No puede acusarse, sin embargo, a los medios informativos de propagar el desprestigio y propiciar el desgaste de las instituciones e instrumentos en los que se asienta el sistema parlamentario y la misma democrácia. De un modo ejemplarmente responsable, la práctica totalidad de los medios hemos sido transmisores puntuales de los aconteceres en torno al aceite adulterado y, de igual manera que se equivocaron quienes, en los momentos inaugurales de la enfermedad, criticaban a los medios informativos un "excesivo alarmismo", hoy no puede objetárseles a los mismos medios ningún afán sensacionalista.

La importancia del tema, su gravedad y su extensión son tales que se justifica ampliamente el sostenido interés de los medios de comunicación sobre la problematica de la adulteración del aceite.

El generalizado abatimiento que registran los sondeos, el negro derrotismo y el nihilismo desesperanzado que cosechan las encuestas no cabe aplicarselos, como ha sido práctica frecuente, a una ideosincrasia que se pierde en orígenes almorávides y que Solana ha plasmado en sus series negras. No valen abatimientos en la España de hoy, sino el deseable convencimiento de estar gobernados por políticos capacitados y responsables, al igual que la conciencia de que los partidos opositores realizan una eficaz función de control y corrección sobre el poder. Sin embargo, ni ese convencimiento ni esa conciencia existen, hoy, en nuestro país, porque los hechos pueden más que las palabras y los españoles tienen ante sí una realidad poco menos que tercermundista en tantas cuestiones relacionadas con el fraude consumidor en general y, muy en particular con la alimentación.

El consumidor ha sabido de la creación de comisiones y de la toma de medidas, así como de la aprobación por el Congreso de proposiciones remitidas por la oposición. Pero, a pesar de todo, por encima de todo, persistirá por mucho tiempo su desconfianza ante el hecho simple, sencillo en apariencia, de abrir la boca para introducir el bocado.

EDITORA REGIONAL DE PRENSA S.A.

Redacción, Publicidad y Administracción
Toledo: Sixto Ramón Parro, 13. Telf.: 21 08 00
Talavera: Muñoz Urra, 14 - 4º Telf.: 80 67 54

Director: Mariano Calvo
Subdirectores: María Antonia Martín, Mary Cruz Campoó
Redactor Jefe: Damián Villegas
Redactores: Angel Sabrido, Benito Berceruelo, Juan Carlos Romero
Redactores Graficos: Luis Martínez y Javier Pedromingo
Colaboradores: Angelino A. Casado, Gil Antonio Ballesteros, Santiago Castillo, Manuel Díaz-Marta, Elisa Fernández, Daniel G. Utrilla, Aurelio G. Castro, Joaquín González, Antonio Medina, Pedro P. Moreno, Luis Moreno Nieto, Angel López de la Mota, Alfredo Ramos, Isidro Sánchez, Ricardo S. Candelas, Agustín Yanel, Rafael del Cerro
Director Administrativo: J. Manuel Payán
Control de Gestión: Marcelino Sabrido
Publicidad: Manuel Guerrero
Imprime: Imprenta Gómez Menor

La Región

5 provincias en busca de Región.

El «exclusivo» señor Pujol

COMENTABAMOS en el anterior artículo la rigurosa necesidad de una política de cooperación y solidaridad entre las distintas regiones para hacer frente a los problemas sociales y económicos que nos son comunes. Consecuentemente, rechazábamos como errónea e inoportuna cualquier política de agravios comparativos.

Hoy queremos dedicar nuestra atención a otro fenomeno igualmente nefasto por sus graves y negativos efectos en el entendimiento entre las regiones: el exclusivismo.

El exclusivismo es, en cierta forma, una política de agravios comparativos llevada hasta sus extremos más repulsivos. Pero, además, es un paso que va mucho más lejos en sus planteamientos egocéntricos. No se trata ya de afirmar solamente que "**son otras regiones las que tienen la culpa de nuestros problemas**"; sino que, a mayor abundamiento, "**sólo nosotros tenemos derecho a la autonomía, y los deseos autonómicos de los demás son ilegítimos y para lo único que sirven es para fastidiarnos a nosotros todavía más**".

La verdad es que cuesta pensar que alguien puede sostener punto de vista semejante. Pero lo hay. Y no se trata de un ciudadano cualquiera el que es uno de los más significativos exponentes de esta corriente de pensamiento político: hablamos del honorable Jordi Pujol, presidente de la **Generalitat** de Cataluña.

En el reciente encuentro con un grupo de periodistas extranjeros, el señor Pujol tuvo ocasión de exponer, con una cierta amplitud, los puntos básicos sobre los que se asienta su particular visión del tema de las autonomías. Advertimos a nuestros lectores, por otra parte, de que este tipo de manifestaciones públicas del señor Pujol vienen sucediéndose con relativa frecuencia, lo cual las hace más intolerables todavía.

Con el pretexto de la "**voluntad de participar y estar presentes en la vida política española**" de la corriente nacionalista a la que pertenece, el señor Pujol entra a saco en el edificio de las autonomías, y se considera con derecho suficiente como para pontificar sobre los asuntos propios de las demás regiones. Y no lo hace de cualquier manera, sino de forma harto "**indelicada**", por expresar un apelativo suave.

Así, considera que el actual proceso autonómico, tal y como se viene desarrollando en medio de considerables dificultades y problemas, ha sido **un error de todos**. "**Nuestro fallo**" —precisó— **es el no haber tenido en cuenta los matices y las diferencias. Haber dado la autonomía incluso a quienes ni la necesitan ni la pedían**, habida cuenta de que "**en España no había más que dos reivindicaciones autonómicas: la catalana y la vasca**". El modelo autonómico que sería de su agrado consistiría en "**tres regiones históricas** (Cataluña, País Vasco y Galicia) **y después para el resto** (sic), **una autonomía que se pareciese más a la descentralización, al acercamiento del poder al pueblo, una verdadera autonomía administrativa mucho menos politizada**".

Refiriéndose a Andalucía, aunque pudo haberse referido también a Castilla-La Mancha o cualquier otra región deprimida el señor Pujol opinaba que "**los problemas de una región no se solucionan con la llegada de la autonomía. La frustación es terrible cuando el pueblo se da cuenta de ello.. y es que a base de fuertes dosis de demagogia** (sic) **se pueden crear falsos sentimientos nacionalistas**".

Cabría contestar al señor Pujol que, en primer lugar y gracias a Dios, los castellano-manchegos no le debemos a él ni la actual preatunomía regional —¡apañados íbamos a estar, entonces!—. Que la opinión pública de otras regiones distintas a la suya no tenga clara conciencia política de las ventajas de la autonomía, no le da derecho al señor Pujol a decir que no la necesitamos, sin más.

La "**autonomía administrativa mucho menos politizada**" que nos ofrece desdeñosamente "**al resto**", tiene su miga y su indudable importancia. Porque ello significa, a efectos prácticos, no contar con el Gobierno Regional y unas Cortes Regionales, entre otras cosas. De este modo, es casi seguro que los castellano-manchegos no llegaríamos a alcanzar jamás una personalidad regional propia y no podríamos tomar en nuestras manos, de una forma cabal, la resolución de nuestros propios problemas. Siempre estaríamos a expensas de lo que pudieran decidir otros —quizás el señor Pujol entre ellos— por nosotros. Con lo que las actuales diferencias interregionales serían cada vez más abismales.

Mire usted, señor Pujol: los castellano-manchegos no entendemos, quizás, de derechos históricos a la autonomía; pero tenemos derecho a intentar un presente y un futuro más próspero para nosotros dentro de la comunidad nacional, y a dotarnos para ello de los instrumentos de autogobierno que el artículo 2 de la Constitución "**reconoce y garantiza**" a las regiones que integran dicha comunidad nacional. Somos conscientes de que la autonomía, por sí sola, no resuelve los problemas. Sin embargo, es forzoso reconocer que puede dotarnos de los instrumentos materiales que permitan abordar esos problemas, y sin los cuales —y la experiencia de siglos de abandono nos lo dice— sí que es seguro que no podremos darles solución.

Y, por favor, no vea usted en estas líneas el fantasma del anticatalanismo: el pueblo castellano manchego es tremendamente respetuoso con Cataluña (no en vano muchos de nosotros vivimos allí y también la sentimos como nuestra). Se trata, simplemente, de rogarle que, en lo sucesivo, se muestre usted tan respetuoso con nosotros. Ni más, ni menos.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. La Región Castellano Manchega. 29/9/1981.